

## Mamá... ¡otra vez!

Aquí estoy yo, para hacerte reír una vez más.  
Confía en mí, deja tus miedos atrás y ya verás.

Aquí estoy yo, con un beso quemándome los labios.  
Es para ti. Puede tu vida cambiar, déjame entrar.

Le pido al Sol que una estrella azul  
viaje hasta ti y te enamore su luz.

Aquí estoy yo,  
abriéndote mi corazón,  
llenando tu falta de amor,  
cerrándole paso al dolor.  
No temas. Yo te cuidaré.  
Sólo acéptame.

Aquí estoy yo, para darte mi fuerza y mi aliento.  
Y ayudarte a pintar mariposas en la oscuridad.  
Serán de verdad.

Quiero ser yo el que despierte en ti un nuevo sentimiento y te enseñe a creer, a entregarte sin medir los abrazos que tengo.

Le pido a Dios un toque de inspiración  
para decir lo que tú esperas oír de mí.

Dame tus alas, las voy a curar  
y de mi mano te invito a volar.

Aquí estoy yo,  
abriéndote mi corazón,  
llenando tu falta de amor,  
cerrándole paso al dolor.  
No temas, yo te cuidaré.  
Siempre te amaré.

*Aquí estoy yo*, de Luis Fonsi

Una canción puede ser interpretada de mil maneras... ¡Qué maravilloso tema de amor! Cada vez que lo escucho, siento que le hablo a ese hijo que aún no llega. Lo invito a que venga a mí. Le muestro mi amor que lo está esperando para sanar heridas, tal vez de vidas pasadas. Lo animo a aceptarme como madre. A elegirme para enseñarle el amor incondicional que puede darle una madre y una familia que lo desea tanto. Amo esta canción de Luis Fonsi. Es un himno para mí.

Y sí. *Aquí estoy yo*. Detenida en una situación a la que me subí casi sin querer. Arrastrada por mis eternas ganas de volver a ser madre. Miles de veces me he enfadado conmigo misma y me he preguntado por qué no se me irá esta necesidad de procrear. Doy amor a mucha gente. Conocida y desconocida. Trato de evolucionar de forma personal y espiritual cada día de mi vida. Siento, a cada segundo, que mi corazón se expande y se expande, y me da más fuerzas para ayudar, para asistir, para sugerir, para dar una palabra de aliento y fuer-

za; y allí, sin querer, se retroalimenta mi sed eterna por ser madre.

Me siento madre de mi hija Paloma. Y de mis sobrinos. Y de mis ahijados. Y de cuanto bebé o niño se me cruce. Pero no es suficiente. No lo puedo ocultar. Quiero tener otro hijo. No es que Paloma no me baste. Ella es el amor de mi vida. Es un ser de luz que me ilumina cada segundo. Es mi maestra. Me enseña a ser madre y mejor persona. Y yo trato de llenarle el corazón de enseñanzas para ser feliz en cada momento de su vida. Pero ella también desea tener un hermanito. Y yo sufro porque me reflejo en ella, recuerdo cuando yo le reclamaba lo mismo a mi mamá, porque no fue fácil la vida sin hermanos. Pali tiene a su medio hermano, a quien amamos, pero él tiene veintiún años y ya es un hombre. Tiene vida propia hace tiempo. Matías adora a su hermanita, pero yo me refiero a que deseo con todo mi corazón que Paloma pueda compartir la vida cotidiana con un hermano. Que crezcan juntos bajo el mismo techo. Que aprendan a compartir. Que se enseñen y cuiden mutuamente. Me imagino a Paloma con un hermano menor y me emociono profundamente.

Así que *aquí estoy yo* queriendo tener otro hijo. Después de haber perdido un embarazo de siete semanas en el cual casi pierdo la vida, más diez tratamientos *in vitro* (el único positivo fue el sexto: Paloma). Es decir, nueve negativos, que para una mujer que ha pasado por el proceso de preparación para una fertilización asistida no es como tener relaciones sexuales y esperar catorce días para ver si te viene, sino que es como sentir que perdiste nueve embarazos, nueve hijos. No es fácil. A una le dejaron en su útero dos, tres o cuatro embriones divinos que se supone que deberían aferrarse a tu útero ¡y crecer hasta nacer! Un *in vitro* es prepararse física y emocionalmente para quedar embarazada. Tras meses de pruebas, de establecer diagnósticos, de cu-

rarlos, de operarlos o de sanarlos, llega la estimulación ovárica, a la que todos podemos acceder, pero no es fácil. No es muy agradable que te inyecten y tomes hormonas durante más de un mes, porque tu estado de ánimo se altera. O de pronto te encuentras aturdida. Y al minuto lloras. Al rato te ríes y al segundo pegas un grito porque estás intolerante. Después de toda esa odisea, que una mujer valiente afronta y que un buen marido soporta, llega el momento (por fin, porque ya sientes que tus ovarios son pelotas de fútbol que pesan una tonelada y están a punto de explotar) de la aspiración, en el que tu especialista en reproducción te anestesia ahí. Sí, ahí, en la vagina. Y te empieza a aspirar uno por uno (si Dios y el universo lo quisieron, y tu cuerpo reaccionó bien a la medicación) los óvulos que crecieron en cada ovario. Pueden ser dos, dieciocho (como en uno de mis mejores ciclos) o llegar a treinta si te hiperestimularon, cosa que no es buena. Un proceso de quirófano del que cualquiera se repone rápidamente, pero para personas impresionables como yo, es difícil de olvidar. ¡Y fueron diez! ¿Quién me puede dar una explicación razonable al hecho de que, después de todo lo que yo he padecido física y emocionalmente, siga deseando ser madre? Yo no tengo respuestas. Pero como aprendí hace tiempo, hay cosas de la vida que las personas no llegamos a comprender. Debemos aceptar. Yo nací para ser madre.

Así que *aquí estoy yo*. Empezando mi décimo primer tratamiento *in vitro* a los cuarenta y un años. ¡Qué ganas! El otro día me enfadé, una vez más conmigo misma, y me preguntaba por qué no me dedicaba a viajar por el mundo en vez de empeñarme en volver a ser madre. Intuyo que mis lectoras, aquellas que atraviesan por problemas de infertilidad como yo, saben de qué hablo.

La diferencia de este tratamiento es que esta vez tras la aspiración, si Dios, Jesús, la Virgen María, los santos, los arcángeles,

los ángeles, mis maestros espirituales y el universo me ayudan; y mis óvulos y los espermatozoides de Carlos fecundan, los embriones no serán transferidos a mi útero, sino al de otra mujer que amorosamente me prestará el suyo durante nueve meses, y si logramos el milagro, se embarazará, ya que tomamos la decisión de alquilar un vientre en el exterior.

## El comienzo de un nuevo camino

En febrero del 2011, cuando sentí que ya no podía soportar más el deseo de volver a ser madre, le propuse a mi marido adoptar. Después de muchas conversaciones, intentamos dos caminos: hacerlo en Argentina y en el exterior. Cuando en el juzgado me dijeron que debería esperar entre ocho y diez años para que me otorgaran la adopción de un niño, mi corazón se llenó aún más de desesperanza. Ahí fue cuando recurrí a una abogada de adopciones internacionales. Después de varias reuniones para informarnos detalladamente sobre cómo sería el extenso trámite, nos decidimos y realizamos todos los pasos que indicaba la abogada. Desde trámites legales, antecedentes policiales y estudios médicos, hasta visitas al juzgado con psicólogos y análisis socioambientales. Todo estaba listo para comenzar el juicio voluntario al Estado Nacional para que luego nos dijeran que somos aptos para adoptar a un niño del exterior. En nuestro caso, de Haití.

Al mismo tiempo que se desarrollaba el proceso de adopción para Haití, presenté mi libro *Voy a ser madre... a pesar de todo* en Miami, donde, entre decenas de amigos, famosos, periodistas y medios, también se encontraba un médico, a quien conocí e invité a través de Facebook, especialista en infertilidad.

Días antes de viajar, me hice los estudios clínicos para el trá-

mite de adopción. Para ello, necesitaba una carta de un médico en la que quedara reflejada mi historia clínica, todo lo relacionado con mi búsqueda de un hijo a través de la ciencia y la imposibilidad de quedar nuevamente embarazada. Entonces recurrí a mi especialista en fertilidad, el doctor Sergio Pasqualini, quien me atiende desde que sufrí un embarazo ectópico en 1999. Como él estaba realizando una transferencia de embriones a una paciente, me atendió su hijo, heredero de los conocimientos de su padre, el doctor Agustín Pasqualini. Mientras él redactaba la carta, se me ocurrió preguntarle si conocía a algún especialista en Miami para contactar con él e invitarlo a la presentación de mi libro; casualmente, para mi asombro, nombró al mismo médico que yo había contactado e invitado a través de Facebook: al doctor Fernando Akerman.

En junio, cuando volví de Estados Unidos, seguí en contacto con Akerman y supe que se especializaba en fertilización *in vitro* y subrogación de vientres. Pero un tiempo antes ya habían comenzado a surgir en nosotros miedos y dudas con respecto al proceso de adopción en Haití. Entonces le dije a mi marido, llorando y ya desesperada por encontrar una salida a este camino de piedras que me ha tocado atravesar en mi búsqueda de ser madre: «¿Y si alquilamos un vientre?» Carlos me apoyó, como siempre (algunas veces, muy a su pesar), y me dijo que a él le entusiasmaba la idea, pero que ya me lo había sugerido y yo le había contestado que no se podía. Claro, sabíamos que en Argentina no era legal. Fue ahí cuando se me presentó, cual revelación, el doctor Akerman. Le llamé de inmediato a Miami y se dedicó pacientemente durante una semana a contarnos cada detalle de cómo sería contar con una madre sustituta.

Allí renació una idea que había soñado durante muchos años mientras buscaba a Paloma: la idea de alquilar un vientre. Sobre todo pensé en ello en el año 2008 cuando intenté tener un segun-

do hijo haciendo cuatro tratamientos *in vitro* más con el doctor Pasqualini, al comprobar que los embriones no se implantaban en mi útero debido a mi ya alto grado de trombofilia (o al universo, que no quiso).

Otra vez me encuentro con más negativas en mi país. No está legislado, o sea, que no está prohibido, pero hay un vacío legal. Por suerte, en algunos estados de Estados Unidos subrogar un vientre es legal; y el doctor Fernando Akerman, médico especialista en fertilización y alquiler de vientres, vive en Florida y se cruzó en mi vida en el momento exacto.

Y hablo de «subrogar» porque el término «alquiler de vientre» es un invento argentino. En el mundo este método es conocido como *surrogate mothers* o «útero gestacional», «útero portador», entre otros términos utilizados para mencionarlo, por lo tanto podemos dejar sin vigencia el modo peyorativo «alquiler». Por otro lado, cualquier persona de otro país puede viajar a hacer el tratamiento *in vitro* con su pareja. En el momento de la transferencia de los embriones, en vez de hacerlo en el útero de la madre biológica, se realiza en el de la madre subrogante, quien también ha tenido que realizarse muchas pruebas, tomar medicamentos y aplicarse inyecciones para llegar con su endometrio perfecto al momento indicado.

La emoción que sentí al saber que aquello era posible aún me dura. Mi marido y yo le hicimos a Akerman todas las preguntas que necesitábamos hacer, y todas tenían una respuesta alentadora. Antes de tomar una decisión, consulté al doctor Pasqualini. Necesitaba saber su opinión. Además, como él me explicó, para subrogar un vientre se necesita una indicación médica. Hay que demostrar que uno tiene problemas de infertilidad serios; por ejemplo, que una mujer haya nacido sin útero, o que se lo hayan tenido que extirpar a raíz de un tumor, endometriosis incurable o trombofilia severa, como es mi caso.

Mi médico de cabecera me sonrió dulcemente y me dio su aval. Para despejar dudas, me preguntó si no quería probar una vez más, pero sinceramente, después de haber pasado por un embarazo ectópico y nueve *in vitro* negativos, a mis cuarenta y un años ya no tenía más resistencia para enfrentarme a otra desilusión. Y mi marido tampoco quería que me expusiera una vez más. Él por fin me ve entera después de haber transitado muchos años de terapia y medicación para sobrellevar el dolor que me provoca no poder ser madre de manera natural.

El doctor Fernando Akerman me contó que está comprobado científicamente que el dolor que se siente tras conocer el resultado negativo de un tratamiento *in vitro* es exactamente igual al dolor por la pérdida de un hijo. Entonces comprendí por qué mi cuerpo y mi mente ya no soportan más malas noticias.

Desde enero del 2010, que me recuperé, y ya no sufro más de «miedo al miedo» (emoción que quedó grabada en mi mente tras los episodios muy delicados de ataques de pánico que padecí), mi vida cambió para bien y volví a disfrutar de cada momento. Logré volver a viajar sola en avión y sentirme libre para moverme con tranquilidad fuera de mi zona de comodidad. Como cuento en mi primer libro *Voy a ser madre... a pesar de todo*, la doctora Raquel Solvey y sus «terapias de avanzada» me curaron del miedo y volví a ser la de antes. Volví a vivir. Por eso, la sola idea de arriesgarme a tener una recaída me aterra. Y esa sensación de miedo, aunque sea leve, siempre me hace sentir mal.

Para mí, alquilar un vientre significa una experiencia sublime, de gran crecimiento personal, familiar y espiritual. Sólo pensar que una mujer me podría ayudar a ser madre por segunda vez me emociona profundamente. Así como muchas personas se resisten a entenderlo de esta manera, yo no puedo entender cómo no valoran esta oportunidad maravillosa que nos da la vida de ser madres con la ayuda de otra mujer. Quizá no haya

acto más generoso y solidario que prestar literalmente no sólo tu útero sino ¡tu vida durante más de nueve meses a otra mujer para que pueda ser mamá!

Cuando tomamos la decisión con Carlos, también llegó el momento de mis vacaciones previamente planificadas a Miami con Paloma, mi amiga-hermana Mercedes Martí y su hija Natasha. En el último año, las cuatro juntas hemos disfrutado de muchos viajes. Son mi familia. Mecha, como me gusta llamar a Mercedes, me acompañó a ver al doctor Akerman a su consultorio en el Baptist Hospital de Kendall, y él nos explicó detalladamente en qué consistía el proceso de subrogar un vientre. Ese día quedó como anécdota: desde que llegamos y durante toda la estancia en la sala de espera para que me atendiera el doctor, nos sentimos observadas y nos reímos pensando que la gente que estaba allí imaginaría que éramos pareja ¡y estábamos allí para tener un hijo... juntas!

Le hice más y más preguntas al médico, necesitaba calmar toda mi ansiedad. Tenía miedo de que apareciera algo en el último momento que me hiciera dudar o tener miedo. Pero por suerte, confié y de inmediato me sometí a los estudios que requieren las leyes de Estados Unidos para que todo esté en regla.

Cuando Mecha me preguntó cuándo se lo comunicaría a Paloma, le contesté que ya encontraría el momento adecuado. Y así fue. Estábamos en el mar jugando las dos. Nos divertíamos y hacíamos ejercicios espirituales que practico con ella de una manera entretenida, transmitiéndole enseñanzas que creo que la van a ayudar para ser feliz. Y de pronto le dije: «Palito, ¿sabes que yo te tuve con la ayuda del doctor Pasqualini? ¿Que le sacaron la semillita a mamá y la semillita a papá, y el médico formó el embrión y lo pusieron en mi barriguita?». «Sí, ya sé», me contestó. Respiré hondo y continué: «¿Y que luego mami lo intentó cuatro veces más para tener otro hijo y los embriones no se implanta-

ron en mi cuerpo? Aquí en Estados Unidos hay una posibilidad que en nuestro país por ahora no existe. Aquí hay un médico, como Pasqualini, que podría poner los embriones que el médico forma con mi semillita y la de papá en la barriguita de otra mujer que nos prestaría por nueve meses su útero para que nuestro bebé crezca. Y al momento de su nacimiento, ¡nos lo dan!»

Yo la miraba como en cámara lenta esperando ver su reacción, cuando me contestó: «¡Buenísimo! Pero quiero una hermanita». Me emocioné tanto que la abracé fuerte, fuerte y seguimos jugando. ¡Empezamos a fantasear con nombres, y a pelearnos, porque ella quiere una niña y yo un varón! Fue un momento memorable. Cuando le expliqué a mi hija la existencia de este método, lo tomó tan naturalmente que me demostró una vez más la sabiduría de los niños. Sanos y sin prejuicios. Puro amor.

## Volver a empezar

Y *aquí estoy yo*. Con mi marido haciéndonos decenas de pruebas para poder comenzar con el tratamiento *in vitro* y viajar a conocer a la madre sustituta, con quien ya tuve el primer contacto. Inolvidable. La agencia que trabaja junto al doctor Akerman se llama Open Arms Consultants. Su dueña es Souad Dreyfus, y su representante para pacientes de habla hispana, Melissa Caro. Ambas me iluminaron la vida. Son seres llenos de amor que me contuvieron desde la primera llamada. Ellas eligieron, junto con mi médico, y después de varios días, a cinco candidatas. En conjunto, me enviaron por correo electrónico el perfil de salud de la mujer que consideraban ideal para mí. Y no se equivocaron. Desde que leí sus datos comprendí su modo de pensar y sentí en mi corazón que ella era «*the one*», como se dice en inglés: la elegida.

A los pocos días, Open Arms organizó una llamada por conferencia con ella. ¡Creo que no dormí la noche anterior! ¡Quería escuchar su voz y hacerle tantas preguntas! El momento llegó. Me senté junto a Mecha en el balcón del apartamento que había alquilado en Miami... ¡y ella me iba soplando preguntas! La llamada se concretó y juro que apenas nos dijimos «*Hello*», ¡tanto «la elegida» como yo empezamos a llorar y a reír de emoción!

Éramos dos mujeres hablando el mismo idioma: el del amor incondicional. Y aunque mi inglés es un poco chino, con la ayuda de Melissa como intérprete nos entendimos perfectamente.

Mis preguntas tenían que ver con el miedo a que se arrepintiera y con mi curiosidad acerca de por qué lo hacía. Me contó que, hacía dos años, una íntima amiga no podía quedarse embarazada y ella le ofreció llevar a su hijo en su vientre porque la veía sufrir mucho. Cuando ya estaba todo listo, su amiga quedó embarazada para sorpresa y felicidad de ambas. Sin embargo, sintió que le quedaba un deseo pendiente de realizar. Tuve la sensación de que no lo hacía por dinero porque es profesional y su marido también.

Con mucho respeto le pregunté si existía la posibilidad de que cambiara de opinión durante el embarazo y no me quisiera dar a mi bebé. Pero ella me respondió muy claramente que ya había formado la familia que deseaba. Que tenía dos hijos maravillosos y un marido excelente, y no tenían intención de ampliar la familia. Aunque si lo quisieran hacer, simplemente buscarían otro bebé. Desde ese momento, la paz llegó a mis días. Fue tan contundente en su respuesta, que me dio mucha seguridad y confianza en ella. En ningún momento de este proceso tuve ni un poquito de miedo. Sólo felicidad.

## Una decisión familiar

Ella se llama Joy. Me preguntó cuán involucrada quiero estar durante el embarazo. Y yo le grité emocionada: «¡Todo lo que me permitas!». Nos reímos mucho, y quedamos en que íbamos a estar conectadas por todos los medios posibles: teléfono, *chat*, *e-mails* y Skype, para que pudiera verle crecer la panza y poder así hablarle al bebé... ¡en español! (El otro día soñé que nacía mi bebé, y como le hablaba y no me entendía, yo gritaba: «¡No me entiende porque su mamá sustituta le hablaba en inglés!». Ja, ja, ja.)

La pregunta que me sugirió Mercedes completó la charla con la mamá sustituta de una manera emocionante e inolvidable. Mecha me dijo: «¡Pregúntale qué le va a decir a sus hijos cuando la vean embarazada y luego sin el bebé!». Nuevamente, le pregunté con mucho respeto, aunque le aclaré que no tenía por qué contestarme. Ella dijo espontáneamente que esto ya estaba hablado con su familia. Que los cuatro tienen como objetivo ayudar a otros padres a experimentar la maternidad y la paternidad. Saben que van a traer al mundo a un nuevo ser que vivirá con unos padres que lo desean mucho y que, por razones de la naturaleza, no pueden quedarse embarazados. Lágrimas, aplausos y agradecimiento. No más preguntas.

*Y aquí estoy yo.* Llenando mi cuerpo de hormonas. Desde hace poco. Sólo estoy con los anticonceptivos para hacer coincidir mi ciclo con el de la madre sustituta. Y lo que me provoca no tiene explicación. Hoy le decía a mi marido: «¿Cómo puede ser que haya millones de mujeres que viven tomando anticonceptivos y no les haga nada?» ¡A mí, como me dijo mi terapeuta Raquel, me produce síntomas premenstruales todo el tiempo! O sea, estoy insoportable, intolerante, intolerable. No tengo filtros. Me molesto por todo. ¡Me enfado hasta por tener que tomar estas pastillas! Siento que la vida se burla de mi situación: encima que no puedo tener hijos de manera natural, tengo que tomar estas pastillas que no me dejarían tenerlos. ¡Qué contradicción!

Lloro sin motivo. Tengo miedos. ¡Reaparecieron! Hacía tanto que no sentía miedo. He estado tan ocupada en todo el proceso de aceptación con mi marido, en animarnos a «alquilar un vientre», en hablarlo con Paloma, hacernos las pruebas de laboratorio, estudiar contratos con mi abogada y amiga la doctora Ana Rosenfeld, organizar el viaje a Miami, que ahora, que ya tengo todo, me encuentro conmigo misma, desarmonizada por tanto movimiento y hormonas y ¡esto acaba de empezar! Asustada por el árbol del miedo que no me deja ver todo lo maravilloso que puede venir y espero que venga. Justo ahora caigo en la cuenta de que tomé decisiones sin pensar en mí. Por ejemplo, que viajaré sola a Miami y diez días después llegará Carlos para poner su semillita. Y me vuelvo a enfadar conmigo: ¿De verdad creo que soy la Mujer Maravilla?